

Carmen Alcalde

RESPUESTA

La polémica política-feminismo sobre mi libro, organizada por *Papers*, no la merece mi trabajo, ni mucho menos mis ambiciones al escribirlo: «Las páginas siguientes son sólo un intento y un esfuerzo de revalorización de unas mujeres que hace cuarenta años protagonizaron intensamente nuestra historia». Y de verdad que sólo pretendí eso. Sacar de las tinieblas informativas la personalidad, la vida y la lucha de unas mujeres cuya existencia era casi desconocida en nuestro país. Porque en el momento de escribirlo, 1971, apenas nada se había escrito, y sobre todo nada se había editado, sobre Flora Tristán, sobre Louise Michel, sobre Rosa Luxemburg, sobre Clara Zetkin, sobre Victoria Kent, sobre Margarita Nelken, sobre Pasionaria... Y lo que yo pretendí demostrar era que de ellas no sólo se ignoraba todo a causa del largo silencio represivo de «nuestros» cuarenta años de franquismo sobre los protagonistas republicanos del 36, sino sobre todo, del largo silencio milenario sobre las mujeres históricas.

En el marco de mi formación de hija de familia nacional, a medida que maduraba mi sentido crítico y mi escepticismo frente al triunfalismo docente nacionalsindicalista interpretador de nuestra historia, se filtraban ciertos libros «prohibidos», prestados por amigos o comprados en las trastiendas clandestinas de algunas librerías progresistas que me informaban de la otra versión de los acontecimientos. En estos libros —despertar de mi conciencia revolucionaria— nunca encontré ninguno dedicado ni íntegra ni parcialmente a las mujeres de las que hablo en mi libro. Se las silenció voluntariamente. Sólo más tarde mis investigaciones en las hemerotecas me dieron cuenta de su existencia, como mujeres y como revolucionarias.

Y fue precisamente esta provocación de los historiadores republicanos, este olvido imperdonable de nuestras mujeres, lo que levantó mi curiosidad hacia ellas, mi amor y mi ira. Enamorada de algunas —Louise Michel, Flora Tristán...— dolida de y por otras —Pasionaria, Clara Zetkin, la misma Rosa Luxemburg—, por haberse dejado sumergir en el mundo masculino de la lucha socialista, dejarse inhibir su personalidad, castrarse,

sacrificar en aras de «la revolución social» su potencia creativa, su fuerza, su pasión, su entrega a la causa, hasta la propia aniquilación.

«Libro lleno de contradicciones», comenta mi compañera Marina Subirats. ¿Y cómo no iba a serlo si tan contradictorias fueron las vidas de mis protagonistas? ¿Cómo imagina mi compañera, si se adentra en las profundidades del ser y el estar de aquellas mujeres, cómo imagina que pudo transcurrir su vida cotidiana entregada igualmente a la lucha revolucionaria y a la servitud doméstico-sexual? ¿Cómo compaginar su pasión revolucionaria con su predestinada relación opresor-oprimida entre las cuatro paredes?

Yo no quiero decir, Marina Subirats, como dices que digo, que mis protagonistas incurrieran en el error de luchar por «unos objetivos políticos». Yo pretendo decir que el único error imperdonable es que no lucharan a la vez que por el proletariado por la liberación de su clase sexual. La polémica, el discurso, la tesis, la contradicción, la ira, es ésa. La misma que ahora crece y tantas angustias crea entre muchas mujeres militantes de partidos: salvar la identidad de unas mujeres políticas y luchadoras que se quedaron, y se quedan, a mitad de camino de la salvación de su clase. Por eso hay pasión en mi libro. Y por eso hay ira. Aceptar eso, querida compañera, no es, como tú dices, «cerrar posibilidades a las mujeres en lugar de abrírseles», sino todo lo contrario: abrírseles, a través de su conciencia social, hacia una conciencia ineludible feminista, de sentimiento de solidaridad con su clase que siempre ha sufrido más, que siempre ha sido más oprimida, más maltratada que la clase hombre. Incluso a lo referente a mujeres como Alexandra Kollontay, Margarita Nelken... que «se dirigieron especialmente a las mujeres». Porque «se dirigieron» a las mujeres no en nombre propio sino en nombre de su partido, transmitiendo sus consignas, dejándose manipular en función de su sexo subalterno: «¡Las mujeres a la retaguardia!», ordenaba *Mundo Obrero* el 8 de noviembre de 1936: «Cuando los camaradas comenzaban a sentir la fatiga de varios días de lucha incesante, sin posibilidad de reposo, reproducida por el hambre o por la sed, allí surgía, junto al grupo que podía desmayar, una compañera con la taza de café caliente o la bandeja con el tentempié por ella misma preparado...» Ésa era la misión. Ése el acto de servicio.

Y Marina Subirats opina que lo que estoy intentando expresar es el rencor actual de tantas feministas contra los partidos... Es evidente que lo intento. Rencor por la traición que hacia la mujer han ejercido implacablemente los ideólogos dirigentes de partidos, sólo disfrazada, en los pocos casos que les ha interesado mitificar a sus mujeres, como es un ejemplo el de Pasionaria o el de Rosa Luxemburg. La lucha de la mujer es, efectivamente, una lucha específica en la que, dada la cultura pasada

y actual, los hombres no pueden entrar, si no es a base de mucha humildad —cosa imposible— o a base, como sucede ahora, de una sobredosis de reformismo oportunista.

¿Y por qué, por qué Marina Subirats, no se puede aceptar ningún tipo de *nueva ortodoxia*? ¿Por qué? En este 1978, en el que no hay más remedio que oír, y escuchar, y atender la radicalización feminista por la emancipación definitiva e irreversible de la mujer, la alternativa es única, es una *nueva ortodoxia*. Hay que reconocer de una vez por todas la profundidad y la universalidad del hecho misógino, en el capitalismo, en el proletariado, en el campo socialista, en todas las culturas antiguas y nuevas. «Yo no puedo aceptar —dice Françoise d'Eaubonne en su libro *Le Féminisme ou la mort*—, hombres de buena voluntad, liberales, campeones igualitarios del universalismo, vuestro consejo: Discreción, silencio frente a los problemas urgentes de un mundo proletario...» No. El feminismo, en su lucha revolucionaria y creadora por la emancipación de la mujer, no puede aceptar por más tiempo la postergación de su propia revolución a la revolución social. Somos muchas ya a responder contra tantos clichés estereotipados que pretenden amurallar, detener el grito de las mujeres por su liberación; somos muchas a rebelarnos, por más doloroso que resulte, contra una cultura, un *status* creado por el hombre, un racismo sexual llevado hasta sus más trágicos resultados. Probablemente hemos tenido que aprender nuestra identidad a base de sufrir ese racismo. Lenin pretendía que el trabajo liberaría a la mujer del trabajo doméstico, de su esclavitud de procreadora. Pero, ¿a qué tipo de trabajo ha accedido la mujer si no es a un tipo de trabajo subalterno y más alienante todavía que el doméstico? ¿Qué puestos directivos, de investigación, de creatividad, le han cedido los hombres revolucionarios?

*¡Tú puedes jugar al Che Guevara,
pero tú eres mi opresor y mi enemigo!,*

exclamaba una feminista americana, Martha Selley. La opresión sexual concierne de entrada a todos, a *todas* las mujeres, incluso a las que pertenecen a eso que se puede llamar *raras excepciones* y sólo el feminismo redentor de su clase puede plantear libremente la lucha contra esta vieja, periclitada, sociedad sexista y patriarcal.

Laura Tremosa, otra compañera que se inició en la problemática de la mujer, según ella misma ha confesado, a través mío, me pide, habría deseado, «un auténtico acercamiento amoroso a estas mujeres...» Yo le podría explicar mucho de mi amor —en vigiliadas de hemerotecas y de estudios de sus biografías— hacia estas mujeres. Mi amor que las sacó

del olvido. Mi pasión que las transformó más allá del cumplimiento de sus consignas, de su disciplina militante, a mujeres, a seres humanos con toda la potencia y miserias a las que las tenía sometidas su condición de compañera del compañero.

El feminismo es la nueva alternativa revolucionaria por la emancipación total de la mujer. Si en 1971 —cuando escribí mi libro— lo percibí, ahora lo sé. Los partidos fueron y siguen siendo el gran peligro, el enemigo, del feminismo. Las mujeres de mi libro, y las militantes en partidos de hoy, son sus víctimas propiciatorias.